

# La Sierra de



# Luesia

## ENTRE ÁRBOLES



## ...Y ARBAS



Texto: MIGUEL MENA

Fotos: MIGUEL MENA Y SANTIAGO CABELLO

El poeta aragonés Ángel Guinda pasó nueve años de su juventud trabajando como maestro en Luesia. Este pequeño pueblo de las Altas Cinco Villas vino a ser para él algo así como Soria para Antonio Machado, ese lugar de encuentro con la soledad y con uno mismo. Cuando escribía de esta zona, Guinda le daba la vuelta al nombre y lo convertía en una referencia poética: Aiseúl, el lugar imaginario donde el paisaje se hacía verso. *En Aiseúl el aire era tan luminoso...* así empieza uno de los poemas de Ángel Guinda. Y eso fue precisamente lo que nos encontramos el día que fuimos a recorrer la sierra de Luesia en bicicleta: una extraña luminosidad en la atmósfera, un aire limpio y mudo, un lugar casi virgen, más despoblado aún que cuando el poeta lo habitaba hace veinte años o más.

*El pozo Pigalo se ubica en un hermoso paraje en medio de la sierra.*



Esta zona de la provincia de Zaragoza, fuertemente castigada por la despoblación, está fuera de las rutas principales, a desmano de Zaragoza, de Huesca y de Pamplona, y además la calidad de sus carreteras deja mucho que desear, pero a cambio eso le ha permitido llegar con una belleza casi virgen a esta época en la que muchos otros lugares se van deteriorando. Digamos que no ha sufrido aún el Influjo pernicioso de los domingueros ni la especulación urbanística y paisajística con que castigamos muchos lugares de interés.

Hoy nos hemos propuesto hacer una pequeña excursión que nos lleve a unir los dos ríos que descienden desde estas montañas hacia Ejea de los Caballeros: el Arba de Luesia y el Arba de Biel. Por cierto, hablar del río Arba es toda una redundancia porque «arba» es una palabra de la lengua aragonesa que significa precisamente eso, «río». O sea que decirle a un aragonés «río Arba» es como decirle a un inglés «río River». Pero el castellano fue desplazando la vieja «fabla» aragonesa en estos valles y ha acabado por producir esas paradojas.

Partiendo de Luesia en dirección a Uncastillo, poco después de pasar junto a la residencia de ancianos, aparece un camino a la dere-

cha que se introduce en el valle por donde desciende el Arba de Luesia. Es un camino ancho y despejado, cuyo único inconveniente estriba en que es más pedregoso de lo habitual, lo cual repercute sobre las llantas, sobre los radios y un poco más arriba, sobre los riñones. Pero sólo algunos tramos. De hecho este camino en verano es incluso frecuentado por los turistas, lo cual da una idea de su comodidad. De vez en cuando aparecen unos carteles que señalan la dirección del Corral de Calvo. No están ahí porque este corral tenga una ganadería de primera calidad, sino porque hacen alusión a un topónimo de esta zona donde se conservan varios restos arqueológicos con una antigüedad de unos mil años. También veremos carteles que señalan El Pigalo, lugar por el que pasaremos muy pronto y que es uno de los principales puntos de interés en esta ruta.

Todos los que han pasado por Luesia lo han oído nombrar alguna vez. Se trata de una de esas piscinas naturales que de vez en cuando forman los ríos de montaña. Estos cursos de agua suelen ir constreñidos entre montañas y a veces son poco más que un torrente, pero en ocasiones se han labrado un lecho más profundo sobre la roca caliza y nos sorprenden con grandes pozos y remansos naturales

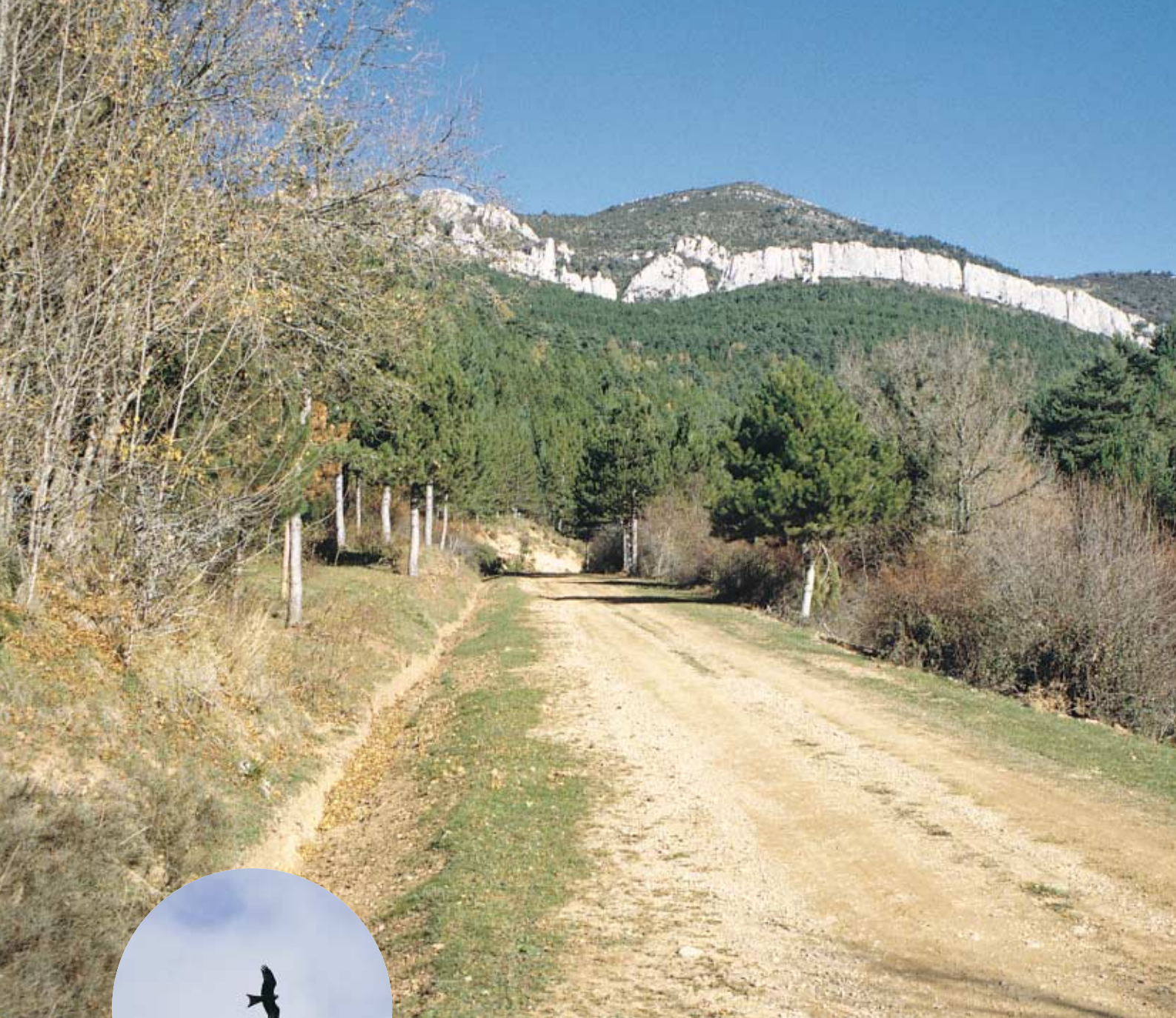


donde las aguas se apropian de los tonos verdes de la vegetación y los tonos azules del cielo. Algo así es El Pigalo, además de ser, claro está, el lugar donde durante generaciones y generaciones han venido a bañarse los chavales de la zona, y después también los turistas que para mayor comodidad tienen un camping a pocos metros de esta maravilla natural.

El agua se precipita por una pequeña cascada que lame y pule la roca, y después se remansa en dos espacios con diferentes profundidades. Dan ganas de tirar monedas, como en la Fontana di Trevi, para asegurarnos la vuelta a este rincón precioso. Dan ganas de tirar monedas, como en el pozo de los Deseos, para pedir a la naturaleza que siempre se conserve así. Dan ganas de preguntar al aire si este es el pozo sin fondo, el pozo encantado que comunica con la Atlántida o más allá.

A los que somos de letras nos cuesta calcular en metros cuadrados, pero baste decir que la superficie de esta piscina rocosa tiene espacio suficiente para que chapoteen varias decenas de personas sin estorbarse. Siempre que sean de esa clase de gente que no le tienen miedo al agua fría, porque la temperatura de estas aguas tiene poco que ver ese caldoso líquido que moja las playas del Mediterráneo.





Aquí estamos a casi 900 metros sobre el nivel del mar, el agua viene directamente del monte y no se queda quieta, o sea que para caldearla hace falta mucho sol. Pero todo el que disfruta con los ríos de montaña sabe que sólo es cuestión de decidirse, y que una vez pasada la impresión del primer contacto, el cuerpo se aclimata y disfruta más que con las aguas tibias.

Por desgracia, nuestra excursión no tiene lugar en verano y nos tenemos que conformar con disfrutar de la vista, no con el baño. Proseguimos nuestro camino, que aquí precisamente se empina un poco más. Llegan las rampas que ponen a prueba las piernas y el corazón de los ciclistas. Tampoco son el Mortirolo o El Angliru. Para superarlas basta con poner un desarrollo cómodo y pedalear con

mucha fe y con poca prisa. Así remontaremos el valle del Arba de Luesia para ir escorándonos hacia el este, vigilados ahora por la gran faja rocosa de la Sierra de Santo Domingo. Esa va a ser nuestra referencia constante el resto de la excursión. Se trata de una línea de rocas grises, como un gran acantilado, que se levanta al norte por encima de los pinos, separándonos de la Val d'Onsella, un territorio tan singular que incluso le da nombre a una editorial.

Estamos en pleno Prepirineo, en esa tierra de transición entre las grandes llanadas que bajan hacia el Ebro y las espigadas cumbres que nos separan de Francia. Es un territorio que ha permanecido un tanto olvidado, oculto a la sombra de las grandes cimas pirenaicas, pero que en la última década ha cobrado valor en toda la franja que recorre las provincias de Zaragoza y Huesca con el auge del turismo rural y del turismo de aventura, por tratarse de una zona idónea para el descanso y también



### La ficha

Luesia se encuentra a unos 110 kilómetros de Zaragoza, aunque la distancia varía según la ruta que se elija. Una posibilidad es hacerlo a través de Ejea de los Caballeros, Farasdués y Asín. Otra es siguiendo la ruta por Zuesca, Luna y El Frago. Si se opta por ir por Sádaba y Uncastillo, entonces el trayecto se alarga casi hasta los 130 kilómetros. El camino descrito en esta ruta ciclista cubre una distancia de 26 kilómetros entre Luesia y Biel. Su grado de dificultad es medio-bajo, salvo un tramo de vertiginoso descenso que invita a extremar la prudencia.

subida, el camino de bajada supone que en menos kilómetros vamos a descender más altura, y eso se traduce en algunos tramos muy inclinados, donde las tormentas han abierto grandes surcos en el camino y han arrastrado algunas piedras voluminosas, lo cual nos obliga a tensar los frenos y descender con una especial precaución. Eso será hasta que la pendiente se suavice y lleguemos al fondo del valle, por donde todo resulta más fácil.

Una constante en todo el recorrido es la soledad. Sin duda no somos los únicos que transitamos por aquí, pero el territorio es tan extenso y hay tantas posibilidades a la hora de elegir caminos que no nos topamos con nadie. Si algo sobra en Aragón es espacio. Tenemos más territorio que Suiza pero una población siete veces inferior, y la mitad de ella concentrada en una sola ciudad, Zaragoza. Nos sobra sitio para correr, y esto también empieza a ser por sí mismo un valor turístico. Mientras otros venden estrecheces y aglomeraciones, nosotros podemos vender desahogo y libertad, algo que cada vez se cotiza más.

Con esas reflexiones optimistas nos vamos dejando caer hasta Biel, hasta que por fin divisamos su inconfundible torre, un edificio macizo, rectangular, como una enorme caja de cerillas, cuya silueta se enseñoorea de esta villa que está unida al románico y también a la huella judía en Aragón, algo que se ha venido reseñando últimamente, después de muchos siglos de olvido. En la actualidad, Biel se articula con otros municipios zaragozanos donde también es patente la huella hebrea en el llamado Espacio Sefarad, un intento por rescatar y dignificar la cultura de los sefarditas expulsados de España a finales del siglo XV.

Y en Biel, donde hay un restaurante muy apreciado en toda la comarca, acaba nuestra excursión, porque hemos sido previsores y hemos dejado aquí un coche antes de partir hacia Luesia. De lo contrario aún nos quedarían quince kilómetros de carretera estrecha y sinuosa antes de retornar al punto de partida.

para actividades como el senderismo, la equitación, la bicicleta de montaña, etc.

Poco a poco vamos ganando altura suavemente. No es un camino que exija un gran esfuerzo, sólo constancia. Y así llegamos a un collado que es también un cruce de caminos, donde varias flechas de madera nos dan a elegir entre diferentes ermitas, pueblos y montes de los alrededores. El ciclista es libre de perderse por cualquiera de ellos, siempre que calcule bien en donde se interna porque todo lo que avance, luego lo tendrá que retroceder.

Nosotros elegimos uno de los dos caminos que conducen a Biel, justo el que nos permitirá seguir rodeando la Sierra de Luesia para descender al encuentro del Arba de Biel. Eso nos obliga a poner rumbo al sur, dar la espalda al roquedal de Santo Domingo y subir un poquito más. No mucho, y siempre con suavidad. Justo lo contrario de lo que nos encontraremos en el descenso. En comparación con el camino de